

La relación entre docencia, investigación y desarrollo de pensamiento crítico

Hugo Alberto Figueroa Alcántara

Introducción

En el contexto amplio del estudio, enseñanza, difusión e investigación en bibliotecología y estudios de la información, resulta fundamental el papel que juega el binomio profesor-alumno y, en un sentido más profundo, la vinculación peculiar maestro-discípulo que se logra cuando el proceso docente es realmente significativo y deja honda huella, si éste se centra sobre todo en la ejemplaridad, la pasión por descubrir, el desarrollo del pensamiento crítico, el fortalecimiento del intelecto a través de la indagación permanente y en el amor al conocimiento y la investigación. En efecto, entre maestro y discípulo se establecen fuertes conexiones espirituales y estrechas relaciones afectivas (Lepp, 1991, p. 105).

Dentro de su infinita complejidad y sutiles interacciones de transmisión de saberes, confianza y entusiasmo que el ejercicio docente puede generar, existen todos los matices imaginables en cuanto al trabajo de cada profesor, desde muestras claras de dificultades para enseñar, hastío y desencanto, hasta un elevado y misterioso don para educar y ser así reconocido como un maestro ejemplar (Steiner, 2004, p. 11).

De acuerdo con tal marco, la presente contribución tiene el propósito de reflexionar sobre el papel del profesor en la formación docente y en el campo de la investigación, así como su relación con el desarrollo de pensamiento crítico, por parte de los estudiantes de la Licenciatura en Bibliotecología y Estudios de la Información, quienes en un futuro ejercerán la profesión y varios de ellos se dedicarán a la docencia e investigación en el área.

La trascendencia del ejemplo

Sin duda, el papel del profesor en la formación de bibliotecólogos es de vital importancia. Tan fundamental es esta función, que profesores con evidentes carencias docentes pueden desalentar determinantemente la continuación de los estudios por parte de algunos alumnos, mientras que un gran maestro, en el más amplio sentido del término, reconfirma vocaciones y forma trascendentemente a los estudiantes, no tan sólo para la profesión sino para la vida misma.

Vale la pena destacar que estamos tan acostumbrados, desde la infancia, a diversos tipos de enseñanza, que rara vez nos detenemos a reflexionar sobre el maravilloso misterio que encierra la transmisión de conocimientos de profesores a alumnos: ¿cómo es posible enseñar y aprender?, ¿qué sutiles mecanismos se entrelazan y qué relaciones de poder y admiración se generan para lograr que un ser humano enseñe a otro?, ¿cómo se consolidan el prestigio y autoridad docentes? y ¿qué tipos de respuesta se conciben entre los alumnos ante diversos profesores, personalidades y estilos docentes?

Así como las anteriores preguntas, podemos plantear innumerables interrogantes en torno del gran enigma implicado en la transmisión del conocimiento a través de la enseñanza. No obstante, puede afirmarse que la auténtica enseñanza, en su sentido más puro, se refleja en la *imitación de un acto trascendente* (Steiner, 2004, pp. 12-13). De esta manera, las mejores *credenciales* de un profesor se basan en el ejemplo que pueda evidenciar de múltiples formas, tales como:

- La capacidad para demostrar su propio dominio de la materia.
- La habilidad para enseñar de manera hermosa, atrayente y apasionada.
- El poder progresivo de convertirse en un modelo a seguir para sus alumnos.
- El manejo demostrativo, a través de la ejemplaridad y la actuación adecuada, durante el proceso de enseñanza.

La triada docencia-investigación-desarrollo de pensamiento crítico

Otra faceta de gran importancia donde el trabajo del profesor juega un papel vital tiene que ver con la interacción que logre entre

docencia, investigación y desarrollo de pensamiento crítico. El siguiente fragmento sintetiza magistralmente tal idea: en una entrevista hecha a la distinguida profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, Norma de los Ríos, se le preguntó cuál había sido la mayor satisfacción obtenida a lo largo de su trayectoria como docente. Ella respondió que: "Hace muchos años, al concluir un curso, les pedí a mis alumnas que evaluaran lo que el curso les dejó y que señalaran las deficiencias que podrían ser subsanadas; una de ellas me respondió: 'lo que tenemos sobre todo que agradecerte Norma, es que nos enseñaste a pensar'. ¿Puede un profesor anhelar mayor recompensa? Lo que esta frase encierra gratifica con creces una vida académica..." (Ríos, 2005, pp. 1, 3).

No obstante, uno de los grandes misterios en la vida docente es cómo lograr ese acto mágico de *enseñar a pensar*. Para ello resulta imprescindible fraguar una triada sólida y permanente donde se entremezclen elementos de docencia, investigación y desarrollo de pensamiento crítico. Tal amalgama implica a su vez enseñar a leer críticamente, a *leer también el mundo y el universo*, para interpretar lo que ocurre alrededor de nuestro entorno, así como preparar a los alumnos para la investigación formativa, al principio, y después en niveles más sofisticados de investigación. También, encauzarlos en el complejo y arduo proceso de la escritura académica y crítica. Motivarlos a escribir, no tan sólo textos académicos, sino también textos de creación literaria o de temas afines a sus intereses vitales cotidianos. Desarrollar con todo esto un espíritu y pensamiento críticos en los alumnos, que les beneficie en su formación académica, ejercicio profesional, compromiso social y vida cotidiana.

Dicho ideal, hay que reconocerlo, con relativa frecuencia no se cumple cabalmente, por lo que surgen preguntas cruciales: ¿Por qué se dan este tipo de desarticulaciones, no obstante las buenas intenciones de profesores y estudiantes? ¿Existe cierto problema de fondo, visible no tan sólo en la carrera de Bibliotecología y Estudios de la Información, sino prácticamente en todo el sistema educativo nacional en sus distintos niveles, incluso el de la educación superior, fenómeno también percibido a escala internacional, en diferentes grados? ¿Por qué, por ejemplo, los estudiantes universitarios, después de haber cursado desde primaria dieciséis años de estudios, en promedio, hacia el final de su licenciatura tienen serias dificultades para concluir con éxito un trabajo escrito de investigación académica, llámese tesis, tesina o informe académico? Las estadísticas al respecto

muestran un índice de titulación muy bajo, en general. Por ejemplo, Carlos Muñoz señala que: “desde que se inició el registro de profesiones en la República Mexicana, aproximadamente en los años 50, considerando hasta diciembre de 1996, *tan sólo existían 2,100,000 títulos y cédulas profesionales* registrados ante la Dirección General de Profesiones de la SEP, pero *de todas las carreras que se estudian en nuestro país*” (Muñoz Razo, 1998).

Este tipo de preguntas mueven a la reflexión, a tratar de identificar factores que influyen en tal situación y a trabajar en propuestas de solución. En tal sentido, un factor que considero influye mucho en la problemática planteada es el desdén y el enfoque mal disenaminado que se la da en todo el proceso educativo a la relación misma entre leer críticamente y escribir creativamente, con ideas propias y originales. Para escribir se requiere desarrollar un pensamiento crítico e implica, a su vez, una independencia intelectual por parte del autor. Este proceso debe estar armoniosamente articulado con el de la lectura crítica y no tan sólo ha de quedarse en lectura, sino que ha de generar sus propios textos originales.

Al respecto, en su artículo: “¿Se puede leer sin escribir?” (del cual recomiendo su lectura completa), Gregorio Hernández (2004) aborda con lucidez este fenómeno. Las reflexiones que expresa coinciden en gran medida con ciertas ideas y cavilaciones que en el transcurso de mis más de veinte años en actividad docente he ido formulándome. Tales puntos de vista pueden sintetizarse en que a los alumnos hay que mostrarles trabajos modelo, que les sean benéficos como ejemplo; acompañarlos en la delimitación del tema, según cada curso, y en la misma construcción de sus textos; que entre ellos mismos se lean y critiquen; que aprendan a formar redes de trabajo académico.

De lo anterior se desprende que si en realidad queremos lograr cambios significativos en el trabajo docente, para una formación en los estudiantes más apropiada y trascendente, debemos empezar por modificar drásticamente nuestros modelos de enseñanza-aprendizaje. En tal sentido, es indispensable otorgar un lugar destacado a los procesos de lectura crítica, investigación, imaginación, producción de textos originales, diálogo crítico y pluralidad de ideas, los cuales se encuentran íntimamente vinculados con un principio docente fundamental: *la construcción de un pensamiento crítico e independiente*. Todo ello en beneficio de una sólida formación intelectual y universitaria de nuestros alumnos, donde juega un papel esencial la

generación de conocimientos por parte del estudiante, mediante trabajos de investigación con carácter formativo, en un contexto de irrestricto respeto por los temas abordados, etcétera. Debemos trabajar más al lado de nuestros estudiantes. Asimismo, debemos promover el trabajo colectivo, el diálogo, el intercambio de ideas, la ayuda mutua, la lectura y crítica de los propios textos que los profesores y alumnos producimos. También juega un papel vital ofrecer modelos, buenos ejemplos, así como trabajos previos que pueden servir de base para que los estudiantes a su vez formulen sus propias ideas, las escriban y generen investigaciones académicas de indudable beneficio en su formación.

Para lograr resultados óptimos, resulta imprescindible el trabajo sistemático y modélico del profesor, pero ante todo se deben crear las condiciones necesarias para motivar el trabajo natural de los alumnos, generando un clima de confianza mutua que permita encauzarlos a la acción, en el sentido de que ellos deberán realizar sus propios trabajos de investigación, ensayos académicos y textos de creación, así como encaminarlos más allá del discurso teórico descontextualizado, hacia un aprendizaje más significativo, formativo y comprometido.

De acuerdo con los aspectos tratados previamente, podemos formular ideas generales sobre la función que al profesor le corresponde desempeñar en la construcción de la relación entre docencia, investigación y desarrollo de pensamiento crítico como fundamento docente y metodológico para los cursos. Ante todo, se debe reiterar la valiosa importancia que tiene la visión y ejemplaridad que el profesor se forje y muestre a sus alumnos, los modelos a seguir que logre inculcar en ellos para que a su vez generen sus propios estilos y paradigmas, los compartan y se produzca por tanto un efecto multiplicador. En este sentido, el profesor debe *jugar* varias facetas, entre las cuales se pueden enunciar las siguientes:

Profesor-fabulador. Se requiere siempre una alta dosis de imaginación, de transgresión y de creatividad para ir más allá de lo ya escrito, para explorar nuevos espacios imaginarios, novísimos territorios donde nuestras disciplinas tienen algo que decir. Estar siempre abierto a la propuesta de temas que a primera vista pueden parecer sorprendentes o donde aparentemente no pertenecen al campo de la bibliotecología y estudios de la información. En síntesis, resulta positiva una dosis radical de heterodoxia y fabulación.

Profesor-lector voraz. En múltiples sentidos los estudiantes son sensibles. Perciben cuando un profesor es un lector apasionado y heterodoxo, con muy variadas lecturas y temas de interés. Esto ayuda enormemente a proponer, acotar, ratificar, rectificar y contextualizar una gama muy amplia de temas. También a que los alumnos sigan el ejemplo para que, al promoverse el diálogo entre profesor-alumno, podamos compartir y discutir diferentes lecturas, así como nos obsequiemos o prestemos mutuamente libros y textos, o nos comuniquemos, sin celos, novedades interesantes.

Profesor y estudiantes-creadores. Difícilmente puede establecerse una vinculación sólida entre docencia, investigación y desarrollo de pensamiento crítico si el profesor mismo no escribe ni sirve de modelo a sus estudiantes; por lo tanto, es necesario que el profesor se dedique a perfeccionar sus habilidades de escritura y lectura crítica para que los alumnos, a su vez, escriban sus propios textos y de esta forma generen su sentido y significado individual de lo aprendido. También da muy buenos resultados ir fundando toda una saga, es decir, un enjambre de textos creados por los estudiantes, de acceso público (por ejemplo repositorios de archivos y objetos de aprendizaje, disponibles a través de internet), con el objeto de que ellos mismos también se conviertan en modelos a seguir por parte de los compañeros alumnos. Así, los estudiantes novatos, por medio de la *imitación de un acto o modelo trascendente*, de la analogía y la comparación, paulatinamente adquieren su propia identidad, su propio estilo y sobre todo, el hecho de que no les resulte tan ajeno y abstracto lograr aprendizajes significativos.

Profesor-metodólogo. De gran importancia, según la naturaleza de cada curso, resulta la manera de abordar metodológicamente los temas a desarrollar. Por tal circunstancia, es fundamental preparar guías metodológicas generales que permitan estimular la iniciativa, así como la conciencia del estudiante hacia los aspectos metodológicos, de tal modo que *aprenda a aprender* y de esta manera logre decidir de manera autónoma la mejor metodología, según su tema y enfoques concretos para abordarlo, pero sobre todo que no se pierda en un discurso teórico-metodológico vacío, si es que previamente no ha construido su propio contexto significativo.

Profesor-editor. Otra faceta de enorme importancia se refiere a: *cómo representar los textos preparados por profesores y estudiantes.* Al respecto, son determinantes las habilidades y sensibilidad que el profesor afine con el paso de los años en el terreno de la edición de

textos en proceso. Así, existen elementos en común entre el profesor que enseña a investigar y desarrollar pensamiento crítico, y las tareas y principios propios de un editor: escuchar y leer con atención y respeto las propuestas, sugerir modificaciones; ampliar o acotar perspectivas según el caso, siempre con respeto a la idea esencial de los *estudiantes-autores*; estar al tanto del proceso de la obra / proyecto; revisar los avances y marcar observaciones, sugerencias y modificaciones; orientar respecto a los aspectos formales de presentación de un texto; estar al pendiente de la sucesivas versiones del texto, hasta la versión definitiva.

Principios a considerar en el trabajo docente

Si abundamos en el último punto del apartado anterior, podemos identificar un conjunto de principios que son comunes a profesores y editores (compárese por ejemplo Sharpe, 2005, pp. 67-89). Dicho de algún modo: *los profesores somos en gran medida editores de almas, de espíritus y de intelectos en formación.*

De acuerdo con lo anterior, vale la pena analizar estos principios fundamentales en el trabajo docente, atraídos desde la esfera editorial:

Economía. El profesor mismo debe aprender a exponer los temas de la manera más clara, concisa y breve posible, de otra manera corre el riesgo de confundir o aburrir a los alumnos. Este principio debe inculcarlo también a los estudiantes para que cuando expongan o planteen un problema lo expresen de igual forma. La sentencia *menos es más*, resume de manera elegante este principio.

Tacto. Tan sólo una palabra o frase expresada en un mal momento o inadecuada a cierto contexto, puede herir profundamente y para siempre la sensibilidad de ciertos alumnos. Igual puede suceder por parte de los alumnos hacia los profesores. Esto nos lleva a que un principio crucial en la interacción profesor-alumno es el tacto y amabilidad con que se expresen todo tipo de situaciones. Implica también un complejo proceso para aprender a reconocer errores de trato, así como ser humildes y ofrecer sinceras disculpas cuando hemos cometido algún desliz de este tipo; es decir: reconocer nuestros propios errores y asumir nuestras responsabilidades. También, por ejemplo, valorar cuándo es conveniente reconvenir a algún alumno en forma individual en vez de hacerlo en forma pública. De igual manera,

hay que inculcar este principio tan esencial en los alumnos, como valor fundamental en su interacción comunicativa con profesores, compañeros, alumnos, amistades, familiares y por supuesto los colegas y usuarios con los que interactúe en su ejercicio profesional.

Flexibilidad. Mi propia praxis docente, de ya veinte años, así como mi observación y análisis de la actuación docente por parte de otros profesores tanto de nuestras disciplinas como de otras, evidencian claramente que se obtienen mucho mejores resultados docentes en un marco amplio de flexibilidad que en un entorno de inflexibilidad y autoritarismo. Sobre todo hay que comprender que el mundo en los últimos años ha cambiado drásticamente y que las nuevas generaciones de alumnos no fácilmente aceptan modelos de enseñanza-aprendizaje autoritarios e inflexibles. En tal marco de flexibilidad debe resaltarse la capacidad de diálogo así como saber escuchar y tomar en cuenta los intereses, sentimientos, pensamientos y vivencias de los alumnos.

Consistencia. Si en algo son sagaces los alumnos es en identificar contradicciones relacionadas con los aspectos temáticos desarrollados por un profesor dentro de su curso, así como aquellas emanadas de los temas que diferentes profesores han abordado en sus diversos cursos. De acuerdo con lo anterior, debe evitarse caer en contradicciones al desarrollar los contenidos temáticos de una asignatura; pero también es necesario establecer un diálogo continuo entre los colegas profesores, con el fin de crear mecanismos colegiados que permitan detectar inconsistencias y así darles su debida solución antes de ser expuestos los temas. También es preciso mostrar e infundir en los alumnos, de manera clara y contundente, este principio de detección de contradicciones, para que ellos mismos puedan corregir posibles debilidades o incongruencias en sus argumentos, ideas, textos, etcétera.

Confianza. Si un alumno pierde la confianza en su profesor o viceversa, se pierde todo. La confianza es consustancial al proceso docente. Los alumnos confían ampliamente en la veracidad de los conocimientos, habilidades, etcétera, transmitidos por los profesores. Los profesores confiamos plenamente en que los alumnos no cometan fraudes en sus exámenes o plagios en sus trabajos, por ejemplo. La plena confianza debe permear todo el trabajo docente y cuando se detecten fisuras hay que actuar de manera rápida y efectiva para enmendar el problema. Cabe destacar que la confianza que se establece entre maestros y discípulos no tan sólo atañe al ámbito acadé-

mico sino que trasciende también los ámbitos del alma, de los sentimientos y de los afectos. Steiner (2004, p. 11) lo expresa magistralmente en la siguiente afirmación: *El ámbito del alma tiene sus vampiros*. Al respecto, Steiner señala de manera más amplia que:

Simplificando, podemos distinguir tres escenarios principales o estructuras de relación. Hay maestros que han destruido a sus discípulos psicológicamente y, en algunos raros casos, físicamente. Han quebrantado su espíritu, han consumido sus esperanzas, se han aprovechado de su dependencia y de su individualidad. *El ámbito del alma tiene sus vampiros*. Como contrapunto, ha habido discípulos, pupilos y aprendices que han tergiversado, traicionado y destruido a sus maestros. Una vez más, este drama posee atributos tanto mentales como físicos. Recién elegido rector, un Wagner triunfante desdeñará al moribundo Fausto, antaño su magister. La tercera categoría es la del intercambio: el eros de la mutua confianza [...] (Steiner, 2004, p. 11).

Respeto. Un principio clave en el trabajo docente es el respeto que todos los alumnos y alumnas se merecen, en todos los sentidos. Por supuesto, también implica el respeto que los alumnos deben tener hacia sus profesores, autoridades y compañeros. *Respeto* también significa el respeto que un profesor debe tener por sí mismo y el orgullo que lo motiva a hacer bien su trabajo, así como el respeto a sus colegas y a las autoridades universitarias. En lo que concierne a la interacción con los alumnos debemos respetar sus ideas, estilos, aficiones, orientación ideológica y religiosa, manera de vestir, gustos musicales y literarios, etcétera, aunque no necesariamente coincidamos (puede ser que en algunos casos sí). Esto implica que si tenemos alumnos tatuados, *punks*, *darks* o góticos, por ejemplo, debemos ante todo respetar profundamente su elección, atuendos, símbolos y creencias; valorarlos invariablemente por sus méritos y calidad académica pero nunca jamás por sus tendencias y elecciones de estilo de vida. No está por demás insistir, por otra parte, que en gran medida el respeto y prestigio que uno se gane entre los alumnos está muy ligado con las cualidades académicas, evidenciadas tanto dentro como fuera de aula.

Responsabilidad. Este principio también es de indudable trascendencia en el trabajo docente. Es a la vez un valor fundamental que hay que imbuir en los alumnos. Si algo causa estragos fulminantes en los alumnos es la percepción de irresponsabilidad en la actuación

de sus profesores. Esto afecta varias esferas de acción, por ejemplo irresponsabilidad al no acudir a dar las clases, irresponsabilidad al no preparar los temas, irresponsabilidad al evaluar, etcétera. Por supuesto, también hay que trabajar duro para que los alumnos se impregnen para toda la vida de un alto sentido de la responsabilidad, en todo su espectro de interacción social, universidad, amistades, familia, ejercicio profesional, relaciones sentimentales, etcétera. Todos debemos ser responsables de nuestros propios actos, reconocer cabalmente las consecuencias y afrontar los efectos.

Conclusiones

Resulta evidente que los profesores jugamos un papel vital y trascendente, de absoluto valor y determinante en la formación de bibliotecólogos. Es también innegable la gran complejidad que el trabajo docente y de investigación implica. En la actuación docente, la ejemplaridad y la creación de modelos son cimientos que sostienen toda la estructura académica y profesional, así como lo que logremos hacer por nuestros estudiantes, en cuanto a cambios y aprendizajes significativos. La triada docencia-investigación-desarrollo de pensamiento crítico, con todo lo que encierra esta compleja amalgama, juega, indudablemente, un papel esencial en la praxis docente y en la formación académica rigurosa de nuestros alumnos. También es imprescindible el reconocimiento, firme convicción y aplicación de un conjunto de principios docentes que rijan nuestro quehacer docente: economía, tacto, flexibilidad, consistencia, confianza, respeto y responsabilidad, forman parte de estos principios esenciales.

Referencias

- HERNÁNDEZ ZAMORA, G. (2004). ¿Se puede leer sin escribir? *Masiosare, Suplemento de La Jornada*, (330). Documento en línea. Recuperado el 3 de febrero, 2007 de: <http://www.jornada.unam.mx/2004/abr04/040418/mas-puede.html>.
- LEPP, I. (1991). La amistad entre maestro y discípulo. En I. Lepp, *Psicoanálisis de la amistad* (pp. 105-113). Buenos Aires: Ediciones Carlos Lohlé.

- MUÑOZ RAZO, C. (1998). *Cómo elaborar y asesorar una investigación de tesis*. México: Prentice Hall. Parte del libro se encuentra en línea. Recuperado el 3 de febrero, 2007 de: <http://www.monografias.com/trabajos3/comotesis/comotesis.shtml>.
- RÍOS, N. DE LOS (2005). Entrevista a Norma de los Ríos: América Latina en un momento crucial, entrevista por Rosalía Carrasco. *Metate, Periódico de la Facultad de Filosofía y Letras*, 1 (1), 1, 3.
- SHARPE, L. T. y GUNTHER, I. (2005). *Manual de edición literaria y no literaria*. México: Fondo de Cultura Económica.
- STEINER, G. (2004). *Lecciones de los maestros*. México: Fondo de Cultura Económica.

